

Un pequeño relato para entender *didácticamente* lo que es (también) la didáctica y, por extensión, la pedagogía., seguida de un par de reflexiones intempestivas sobre la escuela.

EL LECHO DE PROCRUSTO

Este Procrusto era un tipo curioso. Vivió en ese tiempo en el que todavía existían, en la imaginación de los hombres, gigantes malvados y héroes que los vencían... Acaso sólo fuesen personajes imaginarios, pero representaban fielmente, encarnaban, diríamos ahora, los vicios y los brillos del alma humana.

Sea como fuere, Procrusto, considerado hijo de Poseidón, pobló algunos cuentos de los antiguos griegos. Al calor de los hogares, los viejos contaban que este individuo en realidad se llamaba Damastes ("el avasallador", "el controlador"), aunque otros decían que su verdadero nombre era Polípemo ("el de los muchos daños"). El caso es que el bueno de Damastes era un temido y corpulento bandido que vivía en Hermione, en el camino entre Mégara y Atenas, en el istmo de Corinto, una zona infestada de bandidos en aquella época; su sobrenombre, en griego "o Prokroustis", significaba "el estirador". Procrusto tenía su casa en una colina, donde ofrecía posada al viajero solitario, lo seducía y lo invitaba a tumbarse desnudo en uno de los dos camastros de hierro que poseía: uno largo y otro más corto. Procrusto era un obseso de la medida. Si la víctima era alta, la acostaba en una cama corta y procedía a serrar las

partes de su cuerpo que sobresalían hasta ajustar el cuerpo a la exacta medida del lecho. Si por el contrario era más baja, la invitaba a acostarse en una cama larga, donde la maniató y descoyuntaba a martillazos hasta dejarla adecuadamente estiradita... Según otras versiones de la leyenda, el infame Procrusto en realidad sólo tenía una cama con cuya longitud jamás nadie coincidía porque ésta era secretamente regulada por el gigante: Procrusto la alargaba o acortaba a voluntad, antes de situar a sus víctimas para conseguir así que todas fueran convenientemente torturadas: las altas por altas, las bajas por bajas...

Simpático, ¿verdad? Muy simpático. De acuerdo con los relatos de los clásicos, parece ser que el héroe Teseo —el mismo que escapó del laberinto del Minotauro—, destruyó al gigante, encargándose de hacerle disfrutar de su propia medicina. Debido a la estatura de Procrusto, os podéis imaginar los resultados.

Desde que tuve conocimiento de ella, esta leyenda sobre las andanzas de Procrusto que comparece en todos los clásicos de la mitología (desde Apolodoro a Ovidio) siempre me ayudó reflexionar sobre la didáctica, la pedagogía y la escuela. Os aseguro que da mucho juego pensar en la escuela como si de un lecho de Procrusto se tratara. Al fin y al cabo, en el mundo de la educación los profesores aprendemos muy pronto que una

cosa es lo que alguien dice que tendríamos que hacer, otra lo que decimos que hacemos y otra, bien distinta, lo que realmente hacemos, casi siempre de forma infraconsciente, impelidos por una serie de tareas y prácticas rutinarias (explicar, examinar, vigilar, corregir, controlar, calificar, seleccionar...) sobre las que apenas poseemos margen de maniobra —algunos le llaman currículum oculto, otros, aún más pedantes, gramática o cultura escolar o habitus docente...—. Pues bien, por mucho que declare y declaremos lo contrario, todos sabemos que la escuela no adapta el currículum a las características de las personas, sino que más bien, como Procrusto, se limita a tratar de acomodar a las personas a un currículum único y homogeneizador. A costa, como no puede ser de otra manera, de evidentes e inaceptables torturas.

Hace ya varias décadas que el malogrado sociólogo francés Pierre Bourdieu nos advertía de que la "indiferencia hacia las diferencias transforma las desigualdades iniciales ante la cultura, en desigualdades de aprendizaje". Y sentenciaba con toda razón: si se exige por igual a quienes de partida son tan desiguales no hacemos otra cosa que establecer institucionalmente la injusticia. Conviene recordarlo: ahora que se nos llena la boca de escuela inclusiva, de integración, de tratamiento de la diversidad... (dime de qué hablas y te diré de qué careces...). Pues bien, tan pesimista presagio, escrito en plena eclosión del triunfo de la escolarización de masas en

Francia, allá por los años 60, se ha cumplido y con creces. La escuela del capitalismo ha sido, es y seguirá siendo, maestra en reproducir y legitimar la desigualdad social. He aquí la clave de su éxito y de su permanencia en el tiempo ¿Cómo? Muy sencillo: ignorando las diferencias de base que dice y aparenta integrar:

*Por un lado, propiciando el éxito de aquellos que disponen del capital cultural y lingüístico; de los códigos; del nivel de desarrollo; de las actitudes; de los intereses; y de los apoyos, que permiten aprovechar al máximo las clases y estar a la altura a la hora del examen.

*Por otro lado, provocando el fracaso de aquellos que no disponen de estos recursos, y que, en tales condiciones, aprenden, en esencia, que son incapaces de aprender, convenciéndose además que éste es el signo y el sino de su incapacidad más que el de la inadecuación de la escuela.

He aquí el poder de seducción del lecho de Procrusto: convertir en natural y normal lo que, en modo alguno, inicialmente lo era. La escuela naturaliza las desigualdades, las justifica con el auxilio de la pedagogía y de sus disciplinas disciplinantes...

Ésta última consideración nos lleva a la segunda reflexión que anunciaba al principio del texto y que no es sino ampliación de las intempestivas ideas expuestas hasta aquí.

Muchas veces he presenciado como, para alcanzar los fines pre-establecidos, las cosas, los sujetos, los cuerpos y las mentes... se deforman, o se mutilan, perdiendo, en ese proceso, definitivamente, su propia naturaleza originaria. Y es que, bien miradas, las fechorías de Procrusto siempre me parecieron el trasunto de la unidimensionalidad de la moderna condición humana, como diría Marcuse: permanentemente sometida a procesos de uniformización y de dominio, antaño en nombre de dios, luego de la patria, de la paz y de la integración social o quizá del mercado ¡qué mas da...! y, por tanto, permanentemente seducida por los embelecos del conformismo y el consentimiento.

La escuela (como la fábrica, el hospital o el presidio), proyectos emblemáticos, donde los haya, de la Modernidad ilustrada nacidos y desarrollados durante la era del capitalismo, resultan, también desde este punto de vista, excelentes ejemplos del universo metafórico procrusteano. Todas ellas (la fábrica, el presidio... la escuela también) son poderosas agencias de domesticación y socialización de los sujetos, en ellas se manufactura el consentimiento primordial, ése que nos "normaliza", que nos convierte en "seres sociales" moldeables, adaptables, capaces de convivir con nuestros "semejantes", y... al mismo tiempo..., nos ahorma para aceptar la jerarquía, para convivir con la injusticia y la desigualdad, para aprender a

renunciar a desear de forma diferente, para someternos, en fin, a los dictados del statu quo.

¿Acaso sería capcioso por mi parte establecer alguna relación entre esos ejércitos de buenos y disciplinados trabajadores que se formaron en nuestras venerables escuelas del mundo occidental... y la sangrienta historia de nuestro convulso siglo XX (la "era de las catástrofes", como la llamó el historiador Hobsbawm)?, ¿resulta incómodo que recuerde aquí que fue precisamente en la culta y admirada Alemania de los años treinta, dotada del sistema escolar más potente, universal y generalizado de todo el mundo..., donde se gestó, con el consentimiento y la aquiescencia de sus más reputados mandarines intelectuales —muchos filósofos y pedagogos de la ilustre universidad humboldtiana— el horror de Auschwitz?

Hay que saber que la escuela no nació históricamente como un proyecto emancipador, porque sus raíces se hunden en el Estado capitalista y en la Iglesia —en la Protestante y en la Católica, por cierto—. Os invito a pensar un poco sobre ello; os exhorto a que os atreváis a pensar mal sobre la institución escolar, por una vez; sobre las funciones reales que se le han venido atribuyendo y encomendando en tanto que institución social. Th. Adorno sostenía que, después de Auschwitz se hacía imprescindible, ineludible "repensar la verdad", a la luz de la barbarie, para que ésta no volviera a repetirse. Repensar las

certezas sobre las que se había asentado y producido la Modernidad ilustrada. ¿Es posible educar después de Auschwitz?, se preguntaba.

Nuestros sistemas educativos son, a mí no me cabe ninguna duda, extraordinarias maquinarias de reproducción cultural y social y de construcción de identidades sociales. El moravo Jan Amos Comenius, con gran sabiduría y sinceridad, calificó al gran "artificio" escolar, que él contribuyó a inventar de manera sobresaliente, como "Taller de hombres" y no le temblaba el pulso al escribir, iien el siglo XVII!!, cosas como ésta:

"Es necesaria la escuela a los necios y a los prudentes (...) a los ricos y los pobres. Los ricos sin sabiduría, ¿qué son sino puercos hartos de salvado? Y los pobres sin inteligencia de las cosas, ¿qué son más que asnillos llenos de cargas? A los que alguna vez han de dominar a otros (...) tan necesario es que estén imbuidos de sabiduría como estar dotados de los ojos para guiar el camino (...). De igual modo los súbditos también deben estar ilustrados para saber, prudente y sabiamente, obedecer a los que mandan; no obligados de modo asnal, sino voluntariamente por amor. No hay que guiar con voces, cárcel o azotes a la criatura racional, sino con la razón."

El hombre es, ante todo, un "animal disciplinable", sentenciaba Comenius, haciendo gala de un irrefrenable alegato

procrusteano. Ya veis como la estirpe procrustea, pese a los esfuerzos del héroe, Teseo, es fuerte y pertinaz. Visto lo visto: inasequible al desaliento.

Termino. Ahora que estábamos entrando en materia, prefiero poner fin a mi relato y a mis intempestivas. A quienes les interese seguir pensando y escrutando sobre las sinrazones de la pedagogía y de la escuela (o, si lo preferís, sobre los monstruos generados por los sueños de la razón moderna...), les invito muy sinceramente a leer mis libros y, si tras ello les quedan ganas, a discutirlos conmigo; no habría para mí mayor placer. Quienes no lo hagan, probablemente vivirán más felices aunque también (el que avisa no es traidor...) serán más vulnerables a los embelecos de los nuevos Procrustos redivivos que, no lo olvidéis, provienen de linaje de bandidos, sanguinarios, pero irresistiblemente seductores. Pensad, además, que si finalmente, por circunstancias, fueseis seducidos por el gigante de Hermione, los "Anónimos", aquí presentes, acudirían solícitos para suministraros el antídoto: ¡un ejemplar de *La forja de un campo profesional!*, naturalmente. Ahora bien, unos y otros tened por segura una cosa; lo sé de buena tinta: Teseo, el héroe, ya no existe. El héroe ha muerto. Nadie vendrá a salvarnos de las acechanzas de los herederos de Procrusto y acaso merezca la pena buscarnos cómplices y argumentos para hacerle frente. Muchísimas gracias por escucharme.